

ruido era macabro” (Vicente Vila, marzo, 1947). Un castillo con ínfulas de torreón. Descalzo, atrevido, con la mampostería a punto de suicidio, y terraplenes de vértigo arañando los costados de sus seis plantas, con patios separados a pie de calle en la tercera. Bajo cornisas de viento, hechuras de larga y pasada gloria ¿carlista?, si es que la tuvo, paredes azotadas por todos los males y ventanas destripadas por aquí y por allá. Su interior no mostraba mejor aspecto. Ni tan siquiera imaginándolo. Suelos desgastados, escaleras húmedas, rincones de sombra eterna, dinteles curvos, unas minúsculas oficinas y celdas espartanas, las de castigo en el sótano. Para acceder a su deterioro una garita policial, vejestorio portalón de madera y poco más. Con todo, allí se vivía y se esperaba. Habían pasado los tiempos de almacén humano, de la numerosa represión cuantitativa y cualitativa de los republicanos, de las sacas, de los traslados masivos en reatas bien a diligencias, bien a los tribunales militares con sede en la Diputación. Y hasta la muerte a garrote vil en su mismo vientre. Habían pasado, pero no hacía mucho tiempo de eso, un par de años a lo sumo. En 1945 tan sólo quedaba un preso con condena de muerte, Juanillo, a quien se le conmutaría, y bastantes otros de los últimos juzgados. Mas ahora, desde finales de 1944, llegaban otros inmerecidos huéspedes. Con aires de mejores tratos pues el II Guerra Mundial periclitaba y el Eje, tan fiel con el poder franquista, se iba desmoronando. Se suavizan los modos para no enervar a los aliados. Los nuevos habitantes provienen del sinvivir de la Causa General, de la represión policial, del control político en el resurgir clandestino de los partidos y de sindicatos prohibidos. De gentes que escuchan Radio España Independiente, de quien viaja a Francia o vuelve sin declararlo, de quien va de paso y se le supone con nombre fingido, de quien comenta que pronto caerá el Régimen manteniendo las esperanzas. En el primer capítulo de mi libro *Los guerrilleros de Levante y Aragón* he citado numerosos ejemplos. Los más detallados son los detenidos en La Peraleja, y los de Sotos, pero podría haber añadido los del sur manchego al hilo, sobre todo, de las cotizaciones para ayuda a los presos a través de Socorro Rojo y la activa presencia guerrillera en el triple enclave de Villarrobledo, Socuéllamos y Las Pedroñeras (V Agrupación de La Mancha). Con todos ellos se encontrará y penará el primer maqui que llegase al viejo caserón. En concreto, de los términos de La Peraleja, Olmedilla de Eliz, Huelves, Vellisca, Carrascosilla de Huete, Bonilla, Barajas de Melo y Tarancón ingresarán Adolfo Parrilla del Olmo, Ramón Pozuelo Montoya, Alejandro Pozuelo Montoya y Valentín Sánchez de la Torre, Anastasio Martínez Martínez, Dionisio Fernández Heras, Francisco Pastor Poveda, Anastasio García Rodríguez, Francisco Vicente Barrios, Antonio Ruiz González, Gregorio Sierra Yunta “El Cojo”, Eugenio Martínez Gismero “El Geta”, Gregorio Moreno Zapata “El Pocero”, Luis Muñoz García “El Carabina”. También desde El Campichuelo habían sido internados Agustín Carretero Raga, su hijo Agustín Carretero Romero, Tomás Abarca Soria, José Valiente Hidalgo, Julián Torralba Herraiz, Pablo Gil Cócera, Agustín Martínez Garrote, Estanislao de Marco Mora, Florentino Labatut Sevilla y Cirilo Pastor Delgado).

(El día 30 de enero de 1945, a las 22,30 horas, entraba por la puerta, entregado por la pareja de guardias, a cuyo mando iba el sargento José Trujillo González, quien decía llamarse Ramón Iglesias Iglesias. Juan Gómez es el jefe de servicio de la prisión que recibe a Ramón Iglesias. En realidad se trataba de Eulogio Rodríguez González, pero esto se sabría tiempo después, a finales de marzo y primeros de abril. Figuraba